

—¿Y le habéis dicho algo de eso? —  
 —No señor, porque no tuve tiempo. —  
 —Pues alegraros, si nada de eso le habéis dicho, porque con  
 la misma parte de eso le habéis dicho don Juan, se ha  
 dicho dicho tanto, que yo no habéis podido menos de ahogar  
 los para desagraviarme en lo posible del daño que me habéis  
 causado, y como no sé lo que habré en esto, os rendo; ¡Hola!

CAPITULO XVII.

DE LO QUE HIZO CON SUS PRISIONEROS ZAYDA FATIMA.

Alfon Gil salió  
 Lo que había llamado en otro Zayda Fatima, era una gran  
 batalla destinada á castel del I. departamento; como que donde hay  
 muchos hombres, es frecuente la necesidad de encontrar algu  
 para hacer justicia.

Apenas habian salido del campo el rey y el conde don Lope, Zayda Fatima hizo sonar su bocina: presentóse poco despues Alfon Gil.

—Dad gracias á Dios, dijo Zayda Fatima, de que el rey nuestro señor ha tenido misericordia de vos, que por mí, yo os ahorco sin compasion.

—El infante don Juan es un demonio, dijo Alfon Gil; ofrece y amenaza á un tiempo; y como ofrece mucho, y lo que amenaza lo cumple, y como yo estaba cogido por aquella muerte que hice, estuve á punto de revelarles de miedo.....

—¿Y qué le hubierais revelado?

—Lo único que podia revelarles, capitan; que no sois mudo, que sois jóven y hermoso, que van y vienen del Alcázar al campo y del campo al Alcázar mensajeros de la reina, que el caballero Sin nombre es manco del brazo derecho, que tan pronto se

viste de fraile como de luto, y que siempre lleva bajo el hábito y bajo el luto coselete, puñal y espada, cuando no arnés completo, que vos no os desarmáis nunca, ni para dormir, que comeis frugalmente y sin manteles, y que teneis mucho dinero.

—¿Y le habeis dicho algo de eso?

—No señor, porque no tuve tiempo.

—Pues alegráos, si nada de eso le habeis dicho, porque con la mínima parte de eso que dijérais al infante don Juan, le hubiérais dicho tanto, que yo no hubiera podido menos de ahorcaros para desagraviarme en lo posible del daño que me hubiérais causado; y como no sé lo que habrá en esto, os prendo. ¡Hola! añadió Zayda Fatima.

Apareció uno de los soldados de la guarda de la tienda.

—Llevad al encierro al alférez, le dijo Zayda Fatima, y que se le guarde allí sin dejarle hablar con nadie hasta que yo avise. Espero, Alfon Gil, que podré sacaros muy pronto: id.

Alfon Gil salió.

Lo que habia llamado encierro Zayda Fatima, era una gran barraca destinada á cárcel del campamento; como que donde hay muchos hombres, es frecuente la necesidad de encerrar alguno para hacer justicia.

## II.

Zayda Fatima volvió á llamar y se presentó otro soldado.

—Echadme para acá, le dijo Zayda Fatima, á mi aposentador.

El soldado salió.

Poco despues entró un hombre, á quien ya conocimos en otra ocasion.

Este era Gutierre Mesa, aposentador, repostero y cocinero de Zayda Fatima, constituido en su categoría militar en uno de los cabos ú oficiales superiores de la compañía.

—Juraria yo á diez vírgenes y á diez mil santos, Gutierre

mi tocayo, que por nada del mundo me harás tú traicion dijo Zayda Fatima.

—Ni porque me pusiesen un cuchillo á la garganta, capitan, dijo Gutierre: pero ¿por qué me dice eso vuesa merced?

Como se ve, Zayda Fatima se hacia dar tratamiento de infante, porque entonces la casa real estaba entre merced y señoría.

El tratamiento de alteza vino mucho despues para los reyes, y el de majestad lo tienen los de España solamente desde el emperador Cárlos V.

Hoy tiene señoría cualquier don Fulano á quien se concede una cruz: los tiempos han variado mucho.

Hemos hecho esta ligera digresion, para que nuestros lectores no eruditos no estrañen el que la noble reina doña María la Grande, tuviese el mismo tratamiento que hoy tiene un juez de primera instancia, y que á los infantes se les honrase con ese su merced que dan nuestros campesinos á cualquiera, y los portugueses á todo el mundo.

Bien es verdad que en esto de tratamientos, los portugueses son el *non plus ultra*; ellos han encontrado el secreto de que todas las mujeres sean señoras escelentísimas.

Pero en los tiempos de nuestra narracion, el tratamiento de señoría representaba lógicamente el supremo dominio, y era alto y espresivo, como era tambien espresiva y honorifica la merced con que se distinguia á los infantes.

Entonces, y mucho tiempo despues, ricos hombres de alto linaje, señores de horca y cuchillo, se llamaban simplemente el hombre bueno Fulano de Tal, y Fulano de Tal, sin don que le precediera, se llamaba el caballero viejo en lides y de solar hidalgo.

Hoy que nos hemos montado democráticamente, todo el mundo se llama don Fulano, y hay peste de escelencias y señorías; tanto da igualarse por lo alto como por lo bajo; la cuestion es que todos seamos iguales, y lo somos ¡vive Dios! altísimos y aun altisonantes.

El pícaro licenciado de presidio ha dejado su chaqueta al to-

mar la licencia, se ha puesto su levita y su *chistera*, se llama don José, y se pasea por las Cuatro Calles muy tieso, con su baston de hierro bajo el brazo. Echad mano á vuestro reló cuando paseis junto á él, lo que no impide que sea un escelente ciudadano con *don*, y que tenga un aspecto completamente *comme il faut*.

La igualdad es muy cómoda; andamos siempre, en cuanto al aspecto y al sonido, entre semejantes, entre hermanos, lo que constituye la fraternidad; y como de estas dos situaciones nace la libertad, hé aquí que se realiza en la práctica aquel lema que tantos creen irrealizable, de libertad, igualdad, fraternidad: adelante.

### III.

—Tráeme á esos dos presos, que tan bizarramente vestidos encontramos anoche en aquel bodegon del arrabal, dijo Zayda Fatima.

Gutierre Mesa salió, y volvió á poco con el infante don Pedro y con Alvaro de Estúñiga, que continuaban mirándose de reojo y con grandes deseos de acuchillarse.

Zayda Fatima habia vuelto á ponerse su antifaz.

Gutierre Mesa habia dejado solos con ella á los dos presos.

—No os mando dar un trato de cuerda, señor paje, dijo Zayda Fatima, para que en adelante no os metais á campeón de su señoría la reina sin su permiso, por la buena intencion con que lo habeis hecho; pero os apercibo para que no volvais á hacerlo, y os mando que en el momento salgais de mi campo y os vayais á pasar lo que queda de noche adonde mejor os pluguiere.

—Eso de darme á mí un trato de cuerda, dijo sulfurado Alvaro de Estúñiga, está por ver, que no hay quien me trate á mí de esa manera mientras yo tenga espada al cinto.

—Distraido andais, dijo Zayda Fatima, porque ni espada ni puñal al cinto traeis.

—Verdad es, que cuando me prendieron me desarmaron, dijo Estúñiga.

—Pues tened por seguro que quien os desarmó puede descoyuntaros, y salid de aquí y que os den vuestras armas y las den á los que con vos vinieron, y os echen fuera del campo y no se hable mas; y cuenta que á nadie conteis lo que ha sucedido esta noche, porque si tal haceis, á vos me torno, como dice el rey mi señor, y no lo pasais bien. ¡Hola, Gutierre Mesa!

Entró el aposentador.

—Idos con este caballero, dad á él y á su gente las armas que se les quitaron, y echadlos á la hora fuera del campo. Id.

—Espero que nos volveremos á ver, señor capitan, y que ajustaremos cuentas, dijo Alvaro de Estúñiga.

—Pues id apuntando para que no se olvide ninguna partida, dijo Zayda Fatima; pero salid.

Alvaro de Estúñiga lanzó una tremenda mirada de reto á Zayda Fatima, y salió; pero apenas habia salido, exclamó dándose un golpe en la frente:

—¡Ventrículo del diablo! con la cólera no he reparado hasta ahora.... esa voz....

Y quiso volver á entrar en la tienda.

En efecto, Zayda Fatima se habia descuidado, se habia olvidado de que Estúñiga la habia conocido mucho como paje de la reina.

—¡Eh! ¿Adónde vais? le dijo Gutierre Mesa.

—Voy á decir cuatro palabras á vuestro capitan.

—No há lugar, señor caballero, dijo Gutierre Mesa; mi capitan me ha mandado que os dé, y á vuestra gente, vuestras armas, y os eche, y eso va á ser y nada mas.

—¿Y estais seguro, dijo Estúñiga, que vuestro capitan es capitan y no capitana?

—¡Bah! vos estais loco, dijo Gutierre Mesa: ¡capitana! ¡mujer don Gutierre de Silva! ¡que si quieres! y da cada lanzada que parte un roble. ¡Jesucristo! y hace zurrar de cuerda á un milite por la falta mas mínima, que cuando no es mínima, le ahorca; y refrena y rige á un caballo que no hay quien le monte sin ve-

nir al suelo; ¡buena hembra nos dé Dios! descuidáos y os raja de arriba abajo como si fuérais un papel. Id, si no, á tomarle á la niña la barbilla. Vamos, vos bebisteis en el arrabal mas de lo necesario, y no sabeis lo que decís, señor caballero; eso no tiene nada de particular; cuando yo levanto el codo mas de lo que es menester, no digo mas que tonterías; como que quien habla entonces no es uno, sino el vino, que es un tonto.

Hablaban esto mientras atravesaban el campamento para ir á la cárcel, donde estaban los cuatro escuderos de Estúñiga.

—¿Y decís que es buena lanza vuestro capitán?

—¿Qué si es buena lanza! Dadle una barreada de Milan, y la romperá en el aire como si fuese de vidrio.

—Eso tambien lo hago yo, dijo Estúñiga.

—No digo que no, y que Dios os aumente la fuerza: teneis traza de ser pollo de buena casta, como mi capitán, ni mas ni menos, que tiene así, la edad que teneis vos; pero una mujer, á no ser que Dios lo mande, no hace lo que hace mi capitán: mirad, y acabemos de hablar, porque ya estamos á la puerta del encierro, y voy á soltar á los vuestros y á daros vuestras armas y á echaros fuera: un dia, un renegado, á quien mi capitán habia tomado á sueldo en Medina del Campo, uno que no se sabia de dónde era, pero fornido y con buena pinta de hombre de armas, quiso alzarse con el santo y la limosna, y nos amotinó parte de la gente: ¡qué habia de hacer una mujer lo que hizo entonces mi capitán! salió de la tienda con la adarga embrazada y empuñada la maza de armas, y á este quiero, á este no quiero, mató á tres ó cuatro, estropeó á ocho ó diez, descoyuntó al renegado, despidió de su servicio á los descontentos, se enterró á los muertos, fueron los heridos á curarse donde pudieron, y aquí paz y despues gloria: á ver si eso lo hace una mujer.

—Teneis razon, dijo Estúñiga; pero decidme: ¿vuestro capitán es muy hermoso?

—¡Ah! eso sí: la mujer mas hermosa del mundo puede tener envidia á su cara.

—¿Es morena?

—¡Dale! dijo Gutierre Mesa: moreno será, no morena.

—Hablo de la cara, dijo Estúñiga.

—Pues sí señor; mi capitán tiene la cara morena.

—¿Y los ojos negros?

—Que sí.

—¿Y el pelo negro y rizado y muy sedoso y muy reluciente?

—Sí señor.

—Bues bien; no digo que vuestro capitán sea capitana; lo que digo, es lo que no digo; bueno, echadme fuera á mis escuderos, dadlos nuestros broqueles, nuestros puñales y nuestras espadas, y no se hable mas.

#### IV.

Un cuarto de hora despues, Estúñiga, al frente de los suyos, fuera ya del campo de Zayda Fatima, adelantaba hácia el arrabal de los Molinos, donde pensaba acabar de pasar la noche.

—¡Sí será! ¡si no será! decia: la voz es la suya, las señas convienen, el semblante hermosísimo, la color morena, ojos y cabellos negros, y la estatura y el bulto y aquel coselete tan reelevado, todo parece demostrar; pero ese valor, esa fuerza.... Y bien, los moros crian á sus hijas como salvajes: mi buen padre me contaba que allá en los tiempos de su mocedad, á poco de nombrarle los de Santiago comendador de Viedma, le defendió un castillo y la frontera de Granada una mora, mujer de un infante, mucho mejor que se la hubiera defendido un morazo; y no así como se quiera, detrás de las murallas, sino saliendo á combatirse cuerpo á cuerpo y de poder á poder: ¡diablo, diablo! Y bien, si es, que sea, mejor. Era muy amiga de su señoría la reina: si es ella, á la reina sirve; pues se encubre, encubrirse la importa: callemos como muertos, y no digamos á nadie, ni á mi doña Mencía, lo que hemos sospechado.

Y entrándose en el arrabal, se metió luego en el burdel de Marilinda, donde seguian comiéndose y bebiéndose las doblas del infante de Aragon, y habia una zambra infernal.

A Alvaro de Estúñiga no le espantaba nada; tenia el carácter mas á propósito para que, á pesar de lo caballero, fraternizase con él la gente alegre y maleante.

Volvamos á la tienda de Zayda Fatima.

Apenas habia salido Estúñiga, la jóven se quitó el antifaz, y dijo mirando á don Pedro con ojos centelleantes:

—¿Me conocéis?

—Sí, os conozco, caballero, contestó el infante, que creia hombre á Zayda Fatima; lo que demostraba que el infante don Juan Manuel habia sido prudente: vos sois el capitan de los soldados francos de la Selva del Abrojo.

—El que os venció.

—No puedo negarlo.

—El que os juramentó.

—Lo que se jura bajo la presion de la fuerza, no obliga.

—Disculpas de la infamia, contestó con energía Zayda Fatima; ningun honrado deja de preferir la muerte á jurar lo que no ha de cumplir.

—Entonces, nadie hay honrado hoy, contestó el infante; porque todo el que oprimido jura lo que no quiere, se libra del juramento en cuanto la opresion cesa.

—¿Y si ahora yo os arrojara á los piés una espada y tomara de vos el desagravio del juramento á que me habeis faltado?

—Venga la espada en buen hora, dijo el infante.

—Diria vuestro hermano don Jaime el de Aragon que se os habia matado aquí en Castilla á traicion, y yo no quiero que se

diga esto. Os mataré cuando esteis al frente de una hueste, cuando para llegar á vos tenga que atropellar por una espesura de lanzas enhiestas, cuando en nuestro alrededor vuele la muerte, ruja el estrago; ahora no: lo que voy á hacer ahora es enviáros preso á ese ejército aragonés que en el reino de Leon, favorecido por traidores, espera al rey de Portugal, que avanza con poderosa hueste por la Estremadura.

—¿Preso yo! exclamó el infante.

—Pues qué, ¿no lo estais? ¿no os prendí ya otra vez? ¿No veis que llevo al costado la noble espada de vuestro perínclito abuelo el gran don Jaime el Conquistador?

—Yo os arrancaré esa espada al arrancaros el corazón, dijo el infante, y esto será en cuanto me vea libre y os pueda haber á las manos, infante de yo no sé donde.

—De casa tal y tan buena como la vuestra, dijo Zayda Fatima; lo que no se sabrá nunca, por mi voluntad á lo menos; y abreviemos: salid y esperadme, que no tardaremos en encontrarnos.

Y tocó su bocina.

Entró uno de los cabos de la guarda.

—¡Hola, Miguel Ceballos! dijo Zayda Fatima: á cabalgar con veinticinco hombres: llevadme entre lanzas á este señor infante de Aragon y á los escuderos que con él han sido presos, al reino de Leon, donde está el ejército aragonés, y en llegando á la frontera, soltad al infante y á los suyos, y volvéos, que no quiero que por ser vosotros pocos os tomen presos: tres dias para ir y tres para volver. Gutierre Mesa os dará los dineros que sean necesarios. Id.

El infante de Aragon adelantó hácia Zayda Fatima, y la dijo, trémulo de coraje:

—Llegará un dia en que me pagareis con usura todo lo que me habeis hecho sufrir.

—En buen hora, contestó Zayda Fatima: cuidad no os cobre yo con creces lo que me habeis ofendido.

El infante salió, y con él Miguel Ceballos.

—Ya es hora, dijo Zayda Fatima asomándose á la puerta de

la tienda y mirando á las estrellas, que apenas se vislumbraban en el oscurísimo cielo: la alborada viene; descansemos.

Y entrándose en la tienda, levantó los tapices de la puerta de la izquierda del interior, y armada como estaba, se arrojó en un magnífico divan que en un pequeño recinto habia.

Dormia poco despues como aquel que tiene la conciencia tranquila y fé en su fuerza de voluntad.

## CAPITULO XVIII.

EN QUE EL CONDE DON LOPE CONTINÚA DICRIENDO AL REY MUY BUENAS COSAS.

## I.

Una vez en la galería de los Apóstoles, el rey tomó hácia la izquierda, seguido del conde don Lope.

Al extremo de la galería pasó por una saleta á una antecámara, y de allí á su cámara.

La servidumbre se habia retirado ya; así es que ni el rey ni el conde encontraron á nadie.

—Debeis conocer mucho esta cámara, mi buen tio, dijo el rey; como que era la cámara de mi padre.

—Y en ella he velado muchas noches al lado de su señoría, ayudándole á gobernar sus reinos.

—Decid mas bien, que gobernando vos á los reinos y al rey.

—Bien caro pagué mi soberbia, dijo el conde.

—Es cierto, y no hablemos mas de esto, dijo el rey; si deservísteis á mi padre, en cambio, despues de vuestra resurreccion, habeis servido muy bien á mi madre, y en este momento